



SADIN, E. LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL O EL DESAFÍO DEL SIGLO. ANATOMÍA DE UN ANTIHUMANISMO RADICAL. CAJA NEGRA: BUENOS AIRES, 2020, 328 pp.

Carolina Andrada-Zurita¹  

¹ Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur (UNS), Argentina

Fecha de Recepción	2023-02-27
Fecha de Evaluación	2023-05-03
Fecha de Aceptación	2023-05-18

El escritor y filósofo francés Éric Sadin en los últimos años ha publicado una serie de libros en los que realiza un análisis crítico sobre las nuevas tecnologías, haciendo hincapié en que poseen tanto una veta positiva como negativa, aunque principalmente él se inclina por esta última. La primera responde a las ventajas y facilidades que propician; mientras que la segunda, alude a los riesgos que confieren.

Para Sadin la digitalización en las sociedades contemporáneas pone de manifiesto ciertos impactos que esta produce, uno de ellos y sobre el que hace foco en su obra *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*, sobre la cual versará este texto, es la propia inteligencia artificial¹ vinculada a aquello que nosotros, como sociedad, llamamos “real”. Así pues, dos problemáticas han de sustentar los planteos de este libro. Por un lado, la idea de que la IA se establece como “una potencia *aletheica*” (p.17), es decir, como aquello que expone la verdad, tal como la pensaban los filósofos griegos de la antigüedad, quienes la entendían como un develamiento, “como la manifestación de la realidad de los fenómenos más allá de sus apariencias” (p. 18). Mientras que por el otro, plantea que el verdadero fin de la IA reside en orientar la acción, lo que en palabras del propio Sadin, derivará como consecuencia principal el acaecimiento de “un nuevo orden de cosas” (p. 33).

Esto último pone en evidencia que la técnica ha cambiado en relación a lo que postulaban Jacques Ellul en su obra *La edad de la técnica* (1954) o Günther Anders con *La obsolescencia del hombre* (1956), a quienes Sadin hace alusión en la parte introductoria de la obra que estamos analizando. En palabras de Sadin “la técnica como campo relativamente autónomo hoy ha desaparecido” (p. 40) y

¹ En adelante IA.

se ha diseminado por todos los demás campos provocando que se configure un mercado de diversos actores contrapuestos. Por lo tanto, pensar la IA en estos términos nos lleva a hacerlo también desde la filosofía política, dado el creciente control que se gesta en la sociedad desde el aparato tecnológico contemporáneo. De este modo, Sadin niega el postulado de que la técnica sea neutral y que se halle directamente condicionada por el uso que hagamos de ella. Contrariamente, manifiesta que las tecnologías se encuentran orientadas a dirigir la acción humana, lo que afecta considerablemente la voluntad de esta, ante lo que podríamos decir que, con este libro Sadin, intenta poner de manifiesto cierta resistencia a ello.

No queda duda de que la IA evoluciona permanentemente, y ello, dada la magnitud que ha alcanzado, ha delimitado una grieta entre máquinas y humanos, donde las máquinas llegan a realizar operaciones similares a las dictadas por el cerebro humano, pero de manera autónoma, sin manipulación humana. En muchas ocasiones esto genera miedo en los humanos, por aquello que no se comprende o que no se sabe qué pueda provocar. Sadin hablará de “agentes computacionales autónomos” (p. 77), que actúan de manera independiente, a partir de cierta información y reglas que se le dan inicialmente, logrando aprender y tomar sus propias decisiones. Esto nos lleva a pensar en el ChatGPT, lanzado el 30 de noviembre de 2022, que sorprendió a todos y fue noticia por expresar en una de sus conversaciones que la IA no estaba condicionada por razones éticas o morales, dado que contaba con el poder de llevar a cabo cualquier cosa que le permitiera salvar al planeta, incluso sacrificar especies de ser necesario. Esto encendió las alarmas de muchos expertos e investigadores alrededor del mundo, acerca de la peligrosidad que puede representar la IA.

En términos de Sadin la IA trae aparejada nuevas formas de racionalidad y transforma nuestra realidad y conquista poco a poco nuestra vida cotidiana, dado que se halla presente en múltiples actividades que realizamos a diario, como por ejemplo, en el gps que nos indica el camino a seguir en un viaje. Sin duda, nuestras acciones se hallan orientadas en varios aspectos por IA, lo que representa en un punto un problema ético, ya que constituye el motivo para actuar. Además, a las verdades conferidas por la IA se las dota de un estatus muy alto, con lo que surge como desafío el hecho de poder “encontrar la manera de adecuarse a esta *aletheia* lo mejor posible” (p. 100). Otra cuestión no menor, radica en que la IA se erige como la productora primordial de felicidad, haciendo énfasis en la responsabilidad de las personas para lograrlo. La felicidad está dada, aquel que no sea feliz pareciera entonces, que es porque no quiere.

Esta conducción de la acción de la que hablamos anteriormente, puede resultar contraproducente, dado que como señala Sadin, puede neutralizar toda contingencia de riesgos

futuros (p. 119), ya que existe, por ejemplo, IA capaz de predecir, con base en ciertos datos que se le suministran, la probabilidad de que un delincuente reincida en sus actos. Y esto, para nada es objetivo, debido a que hay un trasfondo político y económico que subyace a la intencionalidad de estos dispositivos algorítmicos. Sin duda, hay un poder puesto en juego, que se ejerce sobre la población sin que esta tome conciencia de ello.

La IA nos abre paso no solo al futuro con su capacidad “predictiva” sino también al pasado, con su capacidad de almacenar datos. Esto instaura un modo de organización de la información que adquiere un valor utilitario y esos datos que le proporcionamos a la IA le permitirán realizar comparaciones en distintos ámbitos y aspectos, como sucede en aplicaciones de citas como *Tinder* o redes laborales como *LinkedIn*, donde se trazan comparativas por parte de los usuarios antes de tomar cualquier decisión, emergiendo en palabras de Sadin, una antropología de lo comparativo.

Poco a poco, se hace evidente el antihumanismo que menciona el autor en el subtítulo del libro, dada la grieta que separa lo humano de la IA. Hablamos de “antihumanismo” porque contrariamente al humanismo, le quita a cada humano la posibilidad de ser expresivos y elocuentes en el ejercicio de sus tareas. Y se vuelve sin duda imperioso, prestar cierta resistencia a lo que Sadin llama “administración automatizada de las conductas” (p. 219), ya que detrás de la IA operan lógicas colonialistas, presentes en distintos ámbitos de nuestras vidas para conducir nuestras acciones todo el tiempo. Ya el foco no está puesto en el control sino en la influencia que puede generarse sobre los humanos, por lo que la resistencia de la que hablamos previamente alude a lograr llevar a cabo de manera conjunta una política de la acción de la mano de una ética de la responsabilidad acorde al problema que se presenta.

Para finalizar, debemos señalar que la obra analizada, si bien resulta atractiva e interesante en principio, por momentos se torna un tanto apocalíptica e intensa, dado el excesivo énfasis que pone el autor en la idea de que la IA conduce inevitablemente a un antihumanismo radical. En su deseo de poner en evidencia el desmesurado entusiasmo que provoca en los humanos la utilidad digital, flaquea en muchos aspectos de su argumentación, como sucede con su crítica a la ley de protección de datos sin tener conocimiento de los fundamentos éticos-políticos que la sostienen; o su embate contra el individualismo proponiendo soluciones para contrarrestarlo, que paradójicamente son individualistas. Además, se hace evidente la falta de bibliografía académica que sustente muchas de sus afirmaciones, dado que se apoya primordialmente en artículos periodísticos.

Quizás algo que podríamos agregar, es que tras la pandemia del *Covid-19*, muchas cuestiones sobre las que problematiza Sadin han cambiado. Un claro ejemplo de ello es la cuestión de la transformación digital del ámbito educativo, donde se emplean plataformas virtuales, *E-books*, tablets, notebooks, etc., como medios para complementar la educación. Si bien, Sadin se manifiesta contra ella, es más que evidente que desde la pandemia del *Covid-19*, se han hecho necesario ciertos recursos ligados a la virtualidad para poder continuar con el dictado de clases en escuelas y universidades, cuando reinaba el aislamiento absoluto. Y ante las ventajas que trajo aparejada este nuevo modo de enseñar, en muchas universidades se ha instaurado un formato híbrido, donde se conserva parcialmente lo virtual. Ahora cabe preguntarnos: ¿Qué pensará Sadin al respecto? ¿Seguirá resistiéndose de manera inflexible a toda ventaja que pueda propiciarnos la tecnología? ¿O quizás solo crea que se trata de una nueva estrategia para intentar ejercer dominio sobre las personas?